



Arturo Pérez-Reverte, ayer, en Baker Street (Londres), la calle de Sherlock Holmes. JEOSM

## PÉREZ-REVERTE “NO HAY NADA MÁS TRISTE QUE UN ESCRITOR QUE ESTÁ MUERTO Y NO LO SABE”

**Literatura.** Acompañamos al escritor por el Londres de Sherlock Holmes para hablar de cómo la obra de Arthur Conan Doyle inspiró su nueva novela, 'El problema final'. "Nunca me compararía con Sherlock. Soy un humilde Watson. O, más bien, un Moriarty", dice

Por Raquel R. Incertis (Londres)



Cuando uno se cansa de Londres, se cansa de la vida, porque Londres tiene todo lo que se puede ofrecer», reza la cita del poeta Samuel Johnson. Paseando por las calles de la metrópoli inglesa, es fácil darse cuenta del porqué. En especial por aquellos rincones que conservan un halo de misterio cinematográfico o literario, como la ruta *holmesiana* que recorre algunos lugares emblemáticos de la obra de Arthur Conan Doyle sobre el detective más famoso de todos los tiempos, protagonista de cuatro novelas y 56 relatos. Del Hotel Langham, donde se gestó la publicación de *El signo de los cuatro*, al teatro y restaurante Criterion, que aparece en *Estudio en escarlata*, pasando por Trafalgar Square, Oxford Street, el Café Royal, el Hotel Continental y el Club Ateneo, máxima expresión de la vida bohemia londinense.

Por estos lugares y por las estancias del Museo de Sherlock Holmes, ubicado en el 221B de Baker Street —antigua sucursal bancaria a rebosar de cartas dirigidas al investigador ficticio—, transitamos ayer con Arturo Pérez-Reverte para conocer qué hay detrás de su nueva novela, *El problema final* (Alfaguara), publicada este martes. En ella, el periodista y escritor de 72 años revisita las lecturas de su infancia en la biblioteca de sus abuelos; tardes enteras inmerso en los enigmas ideados por Edgar Allan Poe, Agatha Christie y, por supuesto, Arthur Conan Doyle.

«No es una novela policial ni una novela negra al uso, sino una novela-problema como las de los años 30», aclara Pérez-Reverte. De este subgénero, olvidado desde hace décadas debido a la proliferación de obras con gusto por la psicología criminal, destaca que no importa tanto quién es el asesino como la forma en que se ha perpetrado el asesinato. «Conan Doyle elevó a la categoría de *bestseller* sus historias cerebrales, intelectuales, sin vísceras ni sangre por las paredes. Y yo quería comprobar si un lector del siglo XXI

era capaz de disfrutar de una novela-problema de verdad frente a tantos títulos mediocres».

No faltan en el libro las referencias explícitas y guiños velados a películas y novelas de principios del siglo XX—algunas de ellos a modo de trampantojo— ni tampoco las menciones a actores clásicos como Marlene Dietrich, Rita Hayworth, Cary Grant, Grace Kelly o John Wayne. Empezando por el protagonista, Ormond Basil, trasunto de Basil Rathbone, quien puso rostro, voz y gestualidad a Holmes en los 15 casos estrenados en la gran pantalla entre 1939 y 1946. «Todos los chismes y anécdotas que cuento sobre Hollywood son verdad, aunque no todos los vivió Basil. Crear un Basil apócrifo me permitía atribuirse los a él y suspender, por instantes, la incredulidad del lector», dice Reverte.

El escritor explica que ha partido del canon narrativo y ha «saqueado de manera consciente y gozosa» los trucos de los maestros de la novela policiaca para incluirlos en sus páginas. «Construir esta novela me ha enseñado lo mucho que había olvidado. Cuando uno lee de joven, hay cosas que te marcan, y no he sido tan consciente de ello hasta ahora».

Ni siquiera con *Falcó*, su última incursión en la novela negra (que no novela-problema, recordemos) en forma de trilogía. Algo que no va a repetirse. «No pienso hacer otra saga como *Falcó*, he comprobado que me acabo aburriendo yo antes que el lector y necesito estímulos cada día para escribir. Podría seguir haciendo caja, como hacen otros autores muy dignamente, pero eso ya no me motiva», afirma. Caso cerrado, entonces. O no. ¿Qué sucede con las aventuras del celeberrimo capitán Alatriste? ¿Se cansó Reverte de su héroe como Doyle del detective, a quien tuvo que revivir por petición popular tras el relato (homónimo) *El problema final*?

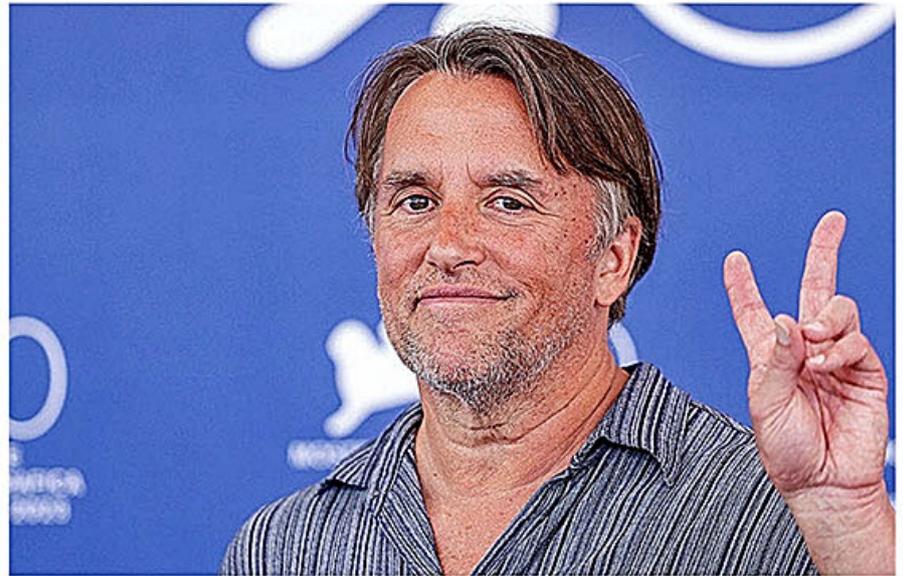
«Yo era muy feliz con Alatriste. No sé los años que me quedan de vida, pero me gustaría rematarlo en dos entregas. Tengo otras 10 o 15 historias en la cabeza y voy a morir sin contarlas todas, así que tengo que



elegir», cuenta. «En su momento lo dejé porque pensé que el mercado ya estaba muy saturado de Alatraste, que el lector ya estaba cansado y había perdido el interés. Los números lo demostraban».

Aunque las editoriales nunca han dejado de confiar en su firma, el descenso en las ventas de la saga era un indicador ostensible de que el público estaba insatisfecho con el devenir del capitán. «Si yo fuera un escritor *torre de marfil*, al que solo le importa la obra y no el público, como a la mayoría de los que se creen intocables, no hubiera escrito esta novela, para empezar». Reverte habla de *El problema final* como una historia onanista donde, como en el sexo, «hacen falta dos para pasárselo bien». «Holmes es un pretexto

*El director Richard Linklater en la presentación de 'Hit Man', ayer, en Venecia.*  
AP



**“Tengo otras 10 o 15 historias en la cabeza y voy a morir sin contarlas todas, así que tengo que elegir”**

**“Hay novelistas jóvenes que no han leído un puto libro, que no tienen ni idea de los mecanismos narrativos”**

para poder jugar con el lector. Es una especie de perversión cómplice e intrincada», explica.

Para ello, tejó una emboscada para un compañero ávido, con poco o mucho bagaje en la literatura policiaca: «Quería que fuera lo suficientemente simple para un lector poco avezado, pero lo suficientemente compleja para que un lector experimentado pudiera disfrutar como un gorrino en una charca». Al mismo tiempo, promete que el lector *revertiano* va a encontrar mucho de su obra previa. «Esta novela es imposible de escribir si no la escribo yo, porque está muy vinculada a mi mundo y es fácil reconocer a mis personajes en Basil, Foxá y compañía», asegura, en un alarde de falsa modestia. Continúa ese alarde reconociendo no estar a la altura de Sherlock Holmes ni de esas mentes científicas brillantes «con talento matemático y razonamiento inductivo» a las que admira profundamente: «Nunca me atrevería a compararme con Sherlock, soy un humilde Watson. O más bien, un Moriarty», ríe.

El enigma aparentemente irresoluble o crimen perfecto que vertebra *El problema final* tiene lugar en un hotel de la claustrofóbica isla griega de Corfú, y en una época muy concreta, comienzos de los 60, «la última etapa en la que en la sociedad había formalismos» según el autor, quien admite echar de menos la novela elegante. «Esa que habla de la gente que dice 'por favor' y 'gracias', que saluda al pasar, que se cruza las piernas como Dios manda, que se anuda la corbata como Dios manda. Para moverme en un mundo extraño, prefiero estar con gente educada». Quién mejor que Sherlock Holmes para encarnar la figura del perfecto *gentleman*.

Pero el Arturo políticamente correcto y abiertamente visceral no se detiene una vez se abre la veda entre los viejos y los nuevos tiempos: «Hay novelistas jóvenes que no han leído un puto libro en su vida, que no tienen ni idea de los mecanismos narrativos ni de las fuentes esenciales para nutrirse en la escritura. Estanterías y escaparates se llenan de novelas que no cumplen ni unos mínimos de calidad, pero eso también es culpa de los editores, que le piden a cualquiera que escriba para explotar su fama».

Admite Reverte, en su amor por el oficio, que podría vivir sin escribir, pero no sin leer, aunque dejar de hacer lo primero supondría dejar de viajar y, por ende, de mantenerse despierto. Aun así, define como «patética» la agonía del escritor que se aferra al pasado sin asumir su final. «Yo espero que, cuando me falle la cabeza, sea el propio lector que me ha encumbrado el que me avise de que tengo que dejarlo. No hay nada más triste que un escritor que está muerto y no lo sabe».

## LA DIVINA COMEDIA DE LINKLATER IRRUMPE COMO REVELACIÓN

**Festival de Venecia.** El director de 'Boyhood' firma 'Hit Man', una obra maestra sobre un supuesto asesino a sueldo, una película tan clásica como moderna, tan divertida como inteligente y profundamente perturbadora

Por Luis Martínez (Venecia)

**Y**a que venimos de Woody Allen, lo suyo quizá es acudir a la fórmula que Lester, el personaje interpretado por Alan Alda, utilizaba en *Delitos y faltas* y que tantas veces se ha repetido para acertar a definir qué es la comedia. «Tragedia más tiempo». No está claro que sea Allen el padre de la frase, pero vale igual. *Hit Man*, el último ejercicio de talento de Richard Linklater que apareció en Venecia fuera del concurso como una auténtica revelación, es comedia. Y, en realidad y sobre el papel, nadie lo diría ni por el punto de partida (la historia de un pretendido asesino a sueldo) ni por la dirección que pronto adopta como reflexión que es a la vez sobre los laberintos de la identidad y sobre el sentido mismo de la representación en el cine. Pero lo es y con una precisión que entusiasma. Digamos que lleva su tiempo darse cuenta; digamos que su ritmo endiablado desafía la propia medida del tiempo; digamos que pocas películas tan fieles imágenes de su tiempo; digamos que el tiempo que hace en Nueva Orleans en lo

que dura la película es bueno. Con sol y eso. En efecto, era el tiempo.

La cinta, para situarnos, cuenta la historia de un profesor de filosofía (Glen Powell) que, por aquello de ampliar el sueldo, vive pluriempleado en el departamento de policía de la ciudad como, atentos, asesino a sueldo. O casi. En realidad, en lo que trabaja este hombre apocado y muy listo es en hacerse pasar por uno de esos criminales para pillar in fraganti a todos aquellos que pretenden contratarle. Una especie de detector de crímenes por anticipado. Lo que sucede, como pronto cualquiera ya habrá deducido, es que es muy fácil cogerle el gusto a la máscara si ésta te permite ser más alto, más guapo y, sobre todo, más feliz. Si pensamos un segundo en lo que ocurre en Twitter o en cualquier otra red social X, vamos encaminados. ¿Quiénes somos en realidad?, sería la pregunta. Y la misma pantalla de cine sería el espejo en que cualquier reflejo es el mejor sustituto de la realidad.

Cuando la que acuda a pedir sus servicios sea una mujer acosada y abusada por su marido (Adria Arjona), una nueva duda

aparecerá ante el enamorado, como no podía ser de otro modo, profesor de día y asesino a sueldo de noche. ¿Puede estar el asesinato, el de verdad, permitido de manera excepcional? Y si, es su suponer, lo aceptamos, ¿se podría acaso convertir uno y para siempre en el asesino que durante tanto tiempo ha estado fingiendo ser sin serlo? ¿Y si finalmente se asesina —seguimos en la suposición— se es entonces un criminal o el salvador con imaginación de una mujer maltratada? Si se pierden, es de lo que se trata.

A medida que avanza *Hit Man* la espiral se va enroscando hasta sencillamente delirio. No hay escapatoria. El tiempo del que hablábamos al principio se encoge y estira con la única intención de desnudar la tragedia hasta la angustia más evidente que es también la carcajada más sonora. La genialidad y oficio del director consiguen tener al espectador completamente prisionero de una trama frenética al mismo tiempo que le deja trampas en el camino para que se tropiece en sus convicciones más íntimas. Es una película para reír y para dudar que ni en solo segundo desconfió de la inteligencia de la audiencia. Tampoco la manosea.

Simplemente la hace desconfiar, la invita a equivocarse y, finalmente, la abandona al borde mismo del precipicio. Qué placer de película, qué gozada, qué miedo.

El director consigue así dar un paso hacia lo que llaman la eternidad. Y lo hace, además, poniendo al propio cine, como se apuntaba arriba, en el centro de su divina locura, que es también divina comedia. ¿Qué es la propia vida más allá de su representación en el cine? ¿Y si la comedia en vez de ser tragedia más tiempo fuera simplemente tiempo, sin más? Una obra maestra, sin duda.